LOS CRÍMENES DE FJÄLLBACKA

CAMILLA LÄCKBERG

La bruja

Traducción:
CARMEN MONTES CANO

MAEVA | NOIR

Era imposible saber qué vida habría llevado la niña. Quién habría llegado a ser. En qué habría trabajado, a quién habría querido, llorado, perdido y conquistado. Si habría tenido hijos y, en ese caso, quiénes habrían sido. Ni siquiera era posible imaginarse cuál habría sido su aspecto de adulta. A la edad de cuatro años no había aún nada definido. El color de los ojos alternaba entre el verde y el azul; el pelo, que tenía oscuro al nacer, era claro, pero había cierto matiz de rojo en el rubio, y seguramente aún podría cambiar. Ahora era más difícil todavía de decir. Flotaba boca abajo, con la cara vuelta hacia el fondo. Tenía la parte posterior de la cabeza cubierta de sangre densa, coagulada. Solo en los largos mechones que flotaban en el agua desde la coronilla se apreciaban los tonos rubios.

No podía decirse que aquella escena de la niña tuviera nada de espeluznante. Al menos, no más que si hubiera estado fuera del agua. Los ruidos del bosque eran los mismos de siempre. La luz se filtraba entre los árboles igual que siempre que el sol brillaba a esa hora del día. El agua se movía plácidamente alrededor de la pequeña, y lo único que alteraba la superficie era una libélula que, de vez en cuando, se posaba en ella y provocaba círculos diminutos en el agua. Ya había empezado la transformación y, llegado el momento, se fundiría con el bosque y con el agua. Si nadie la encontraba, la naturaleza seguiría su curso y la convertiría en una parte de sí misma.

Nadie sabía aún que la niña había desaparecido.

–¿Crees que tu madre irá de blanco? –preguntó Erica, y se volvió hacia Patrik en la cama.

–Hay que ver lo graciosa que eres –dijo.

Erica se echó a reír y le dio con el codo en el costado.

–¿Por qué es tan problemático que se case tu madre? Tu padre volvió a casarse hace mucho y no te parece nada raro, ¿no?

–Ya sé que es ridículo –dijo Patrik mientras movía la cabeza y plantaba los pies en el suelo antes de empezar a ponerse los calcetines–. Gunnar me cae bien, y es un alivio que mi madre no tenga que estar sola...

Se levantó y se puso los vaqueros.

–Supongo que es la falta de costumbre. Mi madre lleva sola desde que me alcanza la memoria y, si lo analizáramos detenidamente, seguro que la culpa la tiene el rollo ese de madre e hijo. Es que me parece, cómo diría..., raro... que mi madre vaya a tener vida... conyugal.

–¿Quieres decir que te parece raro que Gunnar y ella se acuesten?

Patrik se tapó los oídos con las manos.

–¡Para!

Muerta de risa, Erica le tiró un cojín que le llegó volando de vuelta, y enseguida estalló la guerra. Patrik se lanzó sobre ella en la cama, pero a la lucha siguieron las caricias y los suspiros. Erica buscó con las manos los botones de los vaqueros y empezó a desabotonarle el primero.

–¿Qué hacéis?

La voz clara de Maja los hizo detenerse y los dos miraron hacia la puerta. No era Maja la única que estaba allí, la flanqueaban sus dos hermanos pequeños, los gemelos, que observaban muy contentos a sus padres.

–Nada, estábamos haciéndonos cosquillas –dijo Patrik sin aliento, y se puso de pie.

–¡Tienes que arreglar el pestillo de la puerta urgentemente! –susurró Erica, y se tapó con el edredón, que la dejaba al descubierto de cintura para arriba.

Se sentó en la cama y sonrió a los niños.

–Bajad y empezad a poner el desayuno, ahora vamos.

Patrik ya se había puesto el resto de la ropa e iba animando a los niños a que caminaran delante de él.

–Si tú no vas a poder atornillar ese pestillo, pídeselo a Gunnar. Él siempre tiene a mano la caja de herramientas. A menos que tu madre lo tenga muy ocupado con otros menesteres...

–Déjalo ya, anda –rio Patrik antes de irse.

Con una sonrisa en los labios, Erica se tumbó otra vez. Bien podía permitirse unos minutos más antes de levantarse. El hecho de no tener ningún horario que respetar era una de las ventajas de ser tu propio jefe, aunque también podía considerarse uno de los inconvenientes. Ser escritora implicaba tener mucha fuerza de voluntad y disciplina, y a veces podía resultar un tanto solitario. A pesar de todo, le gustaba mucho su trabajo, le encantaba escribir, dar vida a aquellas historias y aquellos destinos que decidía narrar, fisgonear e investigar para saber qué había ocurrido de verdad y por qué. Y llevaba mucho tiempo queriendo hincarle el diente al caso en el que estaba trabajando ahora. El caso de Stella, la niña a la que secuestraron y asesinaron Helen Persson y Marie Wall, había conmovido y aún conmovía a todos los habitantes de Fjällbacka.

Y Marie Wall había vuelto. La celebrada estrella de Hollywood se encontraba en Fjällbacka para rodar una película sobre Ingrid Bergman. El pueblo se deshacía en rumores.

Todos habían conocido a alguna de las dos, o ellos mismos o sus familias, y todos quedaron consternados aquella tarde de julio de 1985 en que el cadáver de Stella apareció en la laguna.

Erica se tumbó de lado y se preguntó si el sol calentaría tanto aquel día como lo hacía hoy. Cuando por fin recorriera los escasos metros de pasillo que la separaban del despacho, empezaría precisamente por comprobar ese dato. Pero aún esperaría unos minutos

más. Cerró los ojos y se adormiló al son del parloteo de Patrik y los niños, que le llegaba de la cocina.

Helen se inclinó hacia delante y dejó vagar la mirada. Apoyó las manos sudorosas en las rodillas. Récord personal, a pesar de que había salido a correr más tarde de lo habitual.

El mar se extendía azul y reluciente ante su vista, pero en su interior se desataba una tormenta. Hizo unos estiramientos y se rodeó con los brazos, no podía dejar de temblar. «Alguien acaba de pasar por encima de mi tumba», solía decir su madre cuando le ocurría. Y quizá fuera así, en cierto modo. No que caminaran sobre *su tumba* en concreto, pero sí sobre la de otra persona.

El tiempo había extendido un velo sobre lo sucedido, los recuerdos eran muy vagos. Lo que sí recordaba eran las voces, las de quienes querían saber con exactitud qué había ocurrido. Decían lo mismo una y otra vez, hasta que ella ya no sabía cuál era la verdad de los otros y cuál la suya.

Entonces le parecía imposible volver aquí, construir aquí su vida. Pero los gritos y los susurros se fueron acallando con los años, se convirtieron en un leve murmullo hasta que se silenciaron por completo. Y se sintió como si ella fuera, de nuevo, una parte natural de la existencia.

Pero ahora volverían las habladurías. Todo saldría otra vez a relucir. Y, como tantas veces sucedía en la vida, coincidían las circunstancias. Llevaba varias semanas sin dormir, desde que recibió aquella carta en la que Erica Falck le decía que estaba escribiendo un libro y que le gustaría verla. Había tenido que volver a pedir que le recetaran aquellas pastillas sin las que llevaba tantos años arreglándoselas. Sin ellas no habría superado la siguiente noticia: Marie había vuelto.

Habían pasado treinta años. James y ella habían vivido la vida en silencio y sin muchos aspavientos, y ella sabía que eso era lo que quería James. Al final dejarían de hablar, le dijo un día. Y así fue. Los momentos oscuros pasaban rápidamente, siempre que ella procurase que todo fluyera como debía. Y se las había ingeniado para mantener ocultos los recuerdos. Hasta ahora. Veía fogonazos de

imágenes. La cara de Marie se le representaba a la vista con toda claridad. Y la alegre sonrisa de Stella.

Helen volvió la vista al mar, tratando de seguir el movimiento de las escasas olas. Pero las imágenes se resistían a dejarla en paz. Marie había vuelto; y con ella, la perdición.

–Perdón, ¿dónde están los servicios?

Sture, de la parroquia, miraba alentador a Karim y a las demás personas que se habían reunido para recibir clases de sueco en el campo de refugiados de Tanumshede.

Todos repetían la frase lo mejor que podían: «Perdón, ¿dónde están los servicios?».

–¿Cuánto cuesta? –continuó Sture.

Y otra vez el coro: «¿Cuánto cuesta?».

Karim se esforzaba por relacionar los sonidos que emitía Sture desde la pizarra con el texto que tenía delante. Todo era tan distinto..., las letras que debían leer, los sonidos que debían reproducir.

Miró alrededor en la sala y vio a aquel valeroso grupo de seis personas. Los demás estaban fuera jugando con un balón bajo el sol, o se habían quedado en las cabañas. Algunos trataban de pasar los días y ahuyentar los recuerdos durmiendo, mientras que otros se escribían por correo electrónico con amigos y familiares que seguían en su país y que aún estaban localizables, o visitaban páginas de noticias en internet. No porque hubiera mucha información: el Gobierno se limitaba a difundir propaganda, y las agencias de noticias de todo el mundo tenían serias dificultades a la hora de enviar allí a sus corresponsales. Karim había sido periodista en la vida que había dejado atrás y conocía bien lo difícil que resultaba obtener información correcta y actualizada de un país en guerra, tan destrozado por dentro y por fuera como Siria.

–Gracias por invitarnos a vuestra casa.

Karim resopló. Aquella era una frase que nunca podría usar. Si algo había aprendido a la primera fue que los suecos eran reservados. Allí no tenían ningún contacto con suecos, salvo con Sture y los demás trabajadores del campamento.

Era como si los hubieran llevado a un país más pequeño dentro del país, aislados del entorno. Ellos mismos eran su única compañía. Y los recuerdos de Siria. Los buenos, pero sobre todo los malos, los que muchos revivían una y otra vez. Karim, por su parte, trataba de reprimirlos. La guerra, que se convirtió en algo cotidiano. El largo viaje hasta aquella tierra prometida del norte.

Él había sobrevivido. Igual que su mujer, Amina, a la que tanto quería, y sus dos tesoros, Hassan y Samia. Eso era lo único que contaba. Había logrado llevarlos a un lugar seguro, darles una posibilidad de futuro. Lo importunaban en sueños los cadáveres flotando en el agua, pero en cuanto abría los ojos desaparecían. Él y su familia estaban allí. En Suecia. Lo demás carecía de importancia.

–¿Cómo dice cuando acuestas con alguien?

Adnan se rio al oírse hacer la pregunta. Él y Khalil eran los dos chicos más jóvenes. Siempre se sentaban juntos y se jaleaban.

–Un respeto –dijo Karim en árabe, reprobándolos con la mirada.

El chico se encogió de hombros a modo de disculpa y Sture asintió sin decir nada.

Khalil y Adnan habían llegado solos, sin familia, sin amigos. Habían logrado salir de Alepo antes de que huir resultara demasiado peligroso. Huir o quedarse, las dos opciones implicaban peligro de muerte.

Karim no era capaz de enfadarse con ellos, a pesar de la evidente falta de respeto. Eran unos críos. Asustados y solos en un país extraño. Esa bravuconería era lo único que tenían. Todo les resultaba ajeno. Karim había hablado con ellos alguna vez después de las clases. Sus familias habían reunido todo lo que tenían para poder darles la oportunidad de llegar a Suecia. No era poco el peso que llevaban aquellos muchachos sobre sus hombros. No solo se veían arrojados a un mundo extraño, sino que además se les exigía que se buscaran la vida cuanto antes para poder salvar de la guerra a sus familias. Sin embargo, aunque los comprendía, a Karim no le parecía aceptable que fueran irrespetuosos con su nueva patria. Por mucho miedo que les inspirasen a los suecos, estos los habían acogido en su país. Les habían dado techo y comida. Y Sture acudía allí en su tiempo libre y se esforzaba por enseñarles a preguntar

cuánto costaban las cosas y dónde estaban los servicios. Karim no entendería del todo a los suecos, pero les estaba eternamente agradecido por lo que habían hecho por él y su familia. No todo el mundo pensaba como él, y aquellos que no respetaban el país de acogida los perjudicaban y conseguían que los suecos los vieran a todos con recelo.

–¡Qué buen tiempo hace hoy! –dijo Sture pronunciando las palabras con claridad junto a la pizarra.

–Qué buen tiempo hace hoy –repitió Karim sonriéndole.

Después de dos meses en Suecia, entendía perfectamente lo mucho que agradecían los suecos que brillara el sol. «Vaya mierda de tiempo» fue una de las primeras frases que aprendió en sueco. Aunque seguía sin ser capaz de pronunciarla bien.

–¿Cuántas veces crees tú que lo hace la gente a esa edad? –dijo Erica, y bebió un trago de la copa de vino espumoso que había pedido.

Las risas de Anna atrajeron la mirada de los demás clientes del café Bryggan.

–¿En serio, hermanita? ¿De verdad que te planteas esas cosas? ¿Cuántas veces lo hará la madre de Patrik?

–Sí, pero me lo planteo desde una perspectiva un poco más amplia –dijo Erica, y tomó otra cucharada de la cazuela de marisco–. ¿Cuántos años de buena vida sexual tenemos? ¿Se pierde el interés en algún momento del camino? ¿Se sustituye el apetito sexual por un deseo irrefrenable de hacer crucigramas o sudokus y de comer gominolas, o permanece constante?

–Desde luego...

Anna meneó la cabeza y apoyó la espalda en la silla, tratando de encontrar una postura cómoda. A Erica se le encogía el corazón cuando miraba a su hermana. No hacía tanto que habían superado el terrible accidente de tráfico en el que perdió el hijo que esperaba. Nunca le desaparecerían las cicatrices de la cara. Por otro lado, ahora estaba a punto de dar a luz al fruto del amor que Dan y ella se profesaban. La vida podía darte sorpresas, desde luego.

–Por ejemplo, ¿tú crees que...?

–Si estás *a punto* siquiera de decir «mamá y papá», me levanto y me voy –dijo Anna con la mano en alto–. No quiero ni pensarlo.

Erica respondió con una sonrisa burlona.

–Vale, no voy a poner de ejemplo a mamá y a papá, pero ¿cuántas veces crees que lo hacen Kristina y Bob el Manitas?

–¡Erica! –Anna se tapó la cara con las manos y sacudió otra vez la cabeza–. Y tenéis que dejar de llamar al pobre Gunnar Bob el Manitas, como el personaje de los dibujos animados, solo porque es bueno y mañoso.

–Bueno, vale, pues vamos a hablar de la boda. ¿A ti también te han convocado como consejera de estilo para el vestido? No puede ser que sea yo la única que tenga que dar mi opinión y poner buena cara mientras ella me enseña un modelito tras otro, a cual más ñoño y espantoso.

–No, claro, a mí también me ha preguntado –dijo Anna, y trató de adelantarse un poco para comerse el bocadillo de gambas.

–Póntelo en la barriga en lugar de en la mesa –sugirió Erica con una sonrisa, que recibió como recompensa una mirada iracunda de Anna.

Por mucho que Dan y Anna desearan aquel hijo, estar embarazada con ese calor estival no era ningún regalo, y Anna tenía una barriga gigantesca, sin exagerar.

–Bueno, ¿y no podemos tratar de dirigir un poco ese tema? Kristina tiene muy buen tipo, tiene la cintura más estrecha que yo, y el pecho más bonito, solo que no se atreve a lucirse. Imagínate lo guapa que iría con un vestido entallado de encaje y un poco de escote.

–Conmigo no cuentes si lo que quieres es someter a Kristina a una especie de cambio de imagen –dijo Anna–. Yo pienso decirle que está guapísima se ponga lo que se ponga.

–Cobardica.

–Tú te encargas de tu suegra y yo de la mía.

Anna dio un mordisco al bocadillo y puso cara de placer.

–Ya, claro, como Esther es tan dura de pelar, ¿no? –dijo Erica, y enseguida se imaginó a la madre de Dan, que era encantadora y que nunca jamás expresaba la menor crítica u oposición.

Ella lo sabía por experiencia propia, desde la época ya remota en la que estuvo saliendo con Dan.

–Sí, es verdad, he tenido suerte con ella –dijo Anna, y soltó un exabrupto al ver que se le caían las gambas del bocadillo encima de la barriga.

–Bah, no te preocupes, nadie se fija en la barriga, con ese par de bazukas enormes que tienes –dijo Erica, y señaló los pechos talla grande de Anna.

–Cierra el pico.

Anna se limpió la mayonesa del vestido como pudo. Erica se inclinó hacia delante, le cogió a su hermana pequeña la cara entre las manos y le dio un beso en la mejilla.

–¿Y eso...? –preguntó Anna asombrada.

–Nada, que te quiero mucho –dijo Erica sin más, y alzó la copa–. Por nosotras, Anna. Por ti y por mí y por esta locura de familia que tenemos. Por todo lo que hemos pasado juntas, por todo aquello a lo que hemos sobrevivido y porque ya no hay secretos entre nosotras.

Anna parpadeó conmovida, alzó el vaso de refresco y brindó con Erica.

–Por nosotras.

Por un instante, Erica creyó atisbar un destello sombrío en la mirada de su hermana, pero un segundo después había desaparecido. Habrían sido figuraciones suyas.

Sanna se inclinó sobre las celindas y aspiró su aroma, pero no la apaciguó como otras veces. Los clientes se movían a su alrededor, examinaban las plantas de las macetas y cargaban sacos de tierra en los carritos, pero ella apenas se percataba de su presencia. Lo único que veía ante sí era la sonrisa falsa de Marie Wall.

Sanna no podía creérselo, pero había vuelto. Después de todos aquellos años. Como si no tuviera bastante con tropezarse con Helen por el pueblo y tener que saludarla con un gesto siquiera.

Había aceptado el hecho de que Helen estuviera por allí, de poder cruzársela en cualquier momento. Veía en sus ojos la culpa, veía que a medida que pasaban los años la iba devorando cada vez más. Pero Marie nunca había mostrado ningún remordimiento, y en todas las revistas del corazón aparecía con su cara sonriente.

Y allí estaba otra vez. Marie la falsa, la guapa, la que siempre estaba riendo. Eran compañeras de clase en el colegio Kyrkskolan. Sanna había envidiado sus pestañas larguísimas y su frondosa melena rubia que se desgranaba en rizos hasta la cintura, pero también había detectado la negrura que llevaba dentro.

Por suerte, los padres de Sanna no tenían que ver a Marie pasearse tan sonriente por el pueblo. Ella tenía trece años cuando su madre murió de cáncer de hígado, y quince cuando su padre exhaló el último suspiro. Los médicos no lograron señalar la causa exacta de la muerte, pero Sanna sabía lo que le había ocurrido: se había muerto de pena.

Sacudió la cabeza y se le reavivó el dolor.

La obligaron a mudarse con su tía Linn, pero allí nunca se sintió en casa. Los hijos de sus tíos Linn y Paul eran varios años menores que ella y no sabían qué hacer con una adolescente huérfana. No fueron crueles ni se portaron mal con ella, hicieron lo que pudieron, seguramente, pero nunca dejaron de ser unos extraños.

Sanna eligió un instituto de recursos naturales que se encontraba lejos de allí y empezó a trabajar al poco tiempo de graduarse. Desde entonces vivía para su trabajo. Había puesto en marcha un modesto vivero a las afueras de Fjällbacka, no ganaba mucho, pero sí lo suficiente para vivir con su hija. No necesitaba más.

Sus padres se convirtieron en muertos vivientes cuando encontraron el cadáver de Stella, y ella los entendía en cierto modo. Algunas personas irradiaban más luz que otras, y Stella era una de ellas. Siempre alegre, siempre amable, siempre cargada de besos y abrazos que repartía entre todos los que tenía cerca. Si Sanna hubiera podido morir en lugar de Stella aquella calurosa mañana de verano, no lo habría dudado.

Pero fue a Stella a quien encontraron flotando en la laguna. Después de aquello, todo se acabó.

–Perdona, quería saber si hay algún tipo de rosa que sea más fácil de cuidar que las otras.

Sanna se sobresaltó y levantó la vista hacia la mujer que se le había acercado sin que ella se percatara.

La mujer le sonrió, y las arrugas de la cara se le alisaron un poco.

–Me encantan las rosas, pero, por desgracia, no tengo mano para las plantas.

–¿Algún color especial? –preguntó Sanna.

Era experta en ayudar a la gente a encontrar la planta que mejor le iba a cada cual. Había quien encajaba mejor con flores que necesitaban muchos cuidados y atención. Personas capaces de hacer que una orquídea creciera y floreciera, y de convivir con ella muchos años. Otras apenas lograban cuidar de sí mismas y necesitaban plantas pacientes y resistentes. No solo cactus, forzosamente, esos los reservaba para los casos más difíciles, pero sí podía ofrecerles una flor de cala o una monstera. Y llevaba muy a gala el hecho de emparejar siempre a cada planta con su tipo de persona ideal.

–Rosa –dijo la mujer con expresión soñadora–. Me encanta el rosa.

–Pues creo que tengo la flor ideal para ti. Una rosa pimpinela. Lo más importante es poner mucho cuidado a la hora de plantar el rosal. Haz un buen hoyo y riégalo con agua abundante. Añade un poco de abono, te daré el más adecuado, y luego lo plantas. Rellenas el hoyo con tierra y vuelves a regarlo. El agua es muy importante al principio, para que arraigue la planta. Luego ya es cuestión de mantenimiento, hay que cuidarla para que no se seque. Y pódala todos los años por primavera, dicen que conviene hacerlo cuando florecen los abedules.

La mujer miraba encantada el rosal que Sanna le había colocado en el carrito. La había entendido a la perfección. Las rosas tenían algo especial. Ella solía comparar a las personas con las flores. Si Stella hubiera sido una flor, habría sido una rosa, sin asomo de duda. Una rosa de Francia. Preciosa, espléndida, capas y más capas de pétalos.

La mujer carraspeó un poco.

–¿Estás bien? –preguntó.

Sanna meneó la cabeza, consciente de que, una vez más, se había perdido en los recuerdos.

–Sí, sí, un poco cansada. Este calor...

La mujer asintió sin comentar tan evasiva respuesta.

Pero no, no estaba bien. El mal había regresado. Sanna lo sentía tan inequívoco como el aroma de las rosas.

Las vacaciones con los niños no podían clasificarse como tiempo libre, pensaba Patrik. Era una extraña combinación de agotamiento completo y maravilloso. Sobre todo ahora que se había quedado solo con los tres mientras Erica comía fuera con Anna. Además, aun a sabiendas de que era un error, bajó con ellos a la playa, porque en casa estaban empezando a subirse por las paredes. Solía ser más fácil conseguir que no se pelearan si los mantenía ocupados, pero no había tenido en cuenta hasta qué punto la playa lo hacía todo mucho más difícil. Para empezar, estaba el riesgo de ahogamiento. Su casa estaba en Sälvik, justo encima de la zona de baño, y más de una vez se había despertado con un sudor frío después de soñar que alguno de los niños salía y llegaba desorientado hasta la orilla. Luego estaba la arena. Noel y Anton se empeñaban no solo en tirarles arena a los otros niños, cuyos padres lanzaban a Patrik miradas furiosas, sino que, por alguna razón insondable, también les gustaba metérsela en la boca. La arena en sí podía pasar, pero Patrik se estremecía ante la idea de todas las demás cosas repugnantes que podían entrar en aquellas boquitas. Ya le había quitado a Anton de la mano llena de arena una colilla asquerosa, y era solo cuestión de tiempo que encontraran un fragmento de cristal. O una bolsita de rapé.

Gracias al cielo estaba Maja. A Patrik le remordía a veces la conciencia al pensar en cuánta responsabilidad asumía por sus hermanos menores, pero Erica siempre decía que a Maja le gustaba. Exactamente igual que a ella le gustaba cuidar de su hermana pequeña.

Y allí estaba ahora la pobre Maja, vigilando que los gemelos no se adentraran demasiado en el agua, los llevaba con gesto resuelto a tierra firme, controlaba lo que se metían en la boca y les limpiaba la arena a los niños a los que sus hermanos habían puesto perdidos. Patrik pensaba a veces que le gustaría que no fuera siempre tan formal. Temía que, si seguía siendo tan concienzuda, la vida le depararía muchas úlceras de estómago.

Desde que tuvo aquel problema de corazón unos años atrás, sabía lo importante que era cuidarse, y descansar y relajarse de vez en cuando. La cuestión era si las vacaciones con los niños le permitían eso, relajarse. Aunque quería a sus hijos más que a nada en el mundo, debía reconocer que a veces echaba de menos la calma de la comisaría de Tanumshede.

Marie Wall se acomodó en la tumbona y echó mano de la copa. Un Bellini. Champán con zumo de melocotón. Nada comparado con el de Harry's, en Venecia, por desgracia. Allí no tenían melocotones frescos, claro. Los tacaños de la compañía cinematográfica le habían llenado el frigorífico con una variante barata de champán, que mezclaba con zumo de melocotón de la marca Proviva. Pero tendría que conformarse. Les había exigido que hubiera ingredientes para el Bellini a su llegada.

Era una sensación de lo más extraña la de estar otra vez allí. No en la casa, naturalmente. La habían derribado hacía tiempo. No podía por menos de preguntarse si los propietarios de la nueva casa que se construyó sobre la parcela de la antigua no recibían la visita de los malos espíritus, después de todo lo que había ocurrido allí. Seguramente no. Toda aquella maldad quedó enterrada junto con sus padres.

Marie tomó otro trago del Bellini. Se preguntaba dónde estarían los dueños de la casa en la que se encontraba. Una semana de agosto con un tiempo estival maravilloso debía de ser el mejor momento del año para disfrutar de una casa como aquella. Debían de haberse gastado una millonada en comprarla y amueblarla, aunque no pasaran demasiado tiempo en Suecia. Seguramente se encontrarían en esa residencia de la Provenza que parecía un castillo y que Marie había visto en fotos cuando buscó a la familia en Google. La gente adinerada rara vez se conformaba con menos de lo máximo de cualquier cosa. Incluidas las casas de veraneo.

En todo caso, ella se alegraba de que alquilaran aquella casa. Allí se refugiaba en cuanto terminaban de rodar. Sabía que a la larga no funcionaría, que el día menos pensado volvería a cruzarse con Helen, y se sorprendería de lo mucho que significaron la una para la otra en el pasado y de lo mucho que habían cambiado las cosas. Pero aún no estaba preparada.

–¡Mamá!

Marie cerró los ojos. Desde que Jessie aprendió a hablar, había intentado que la llamara por su nombre de pila en lugar de con aquella etiqueta tan espantosa, pero había sido en vano. La niña se empeñaba en llamarla mamá, como si así pudiera transformar a Marie en uno de esos especímenes achaparrados tipo vaca.

–¿Mamá?

El apelativo resonó justo detrás de ella, y Marie comprendió que no tendría dónde esconderse.

–¿Sí? –dijo, y alargó la mano en busca de la copa.

Sintió en la garganta el chisporroteo de las burbujas. El cuerpo se le relajaba y se le volvía más dócil con cada trago.

–Sam y yo habíamos pensado salir a dar una vuelta en su barco, ¿puedo?

–Sí, claro –dijo Marie, y tomó otro trago.

Miró a su hija entornando los ojos desde debajo del ala del sombrero.

–¿Quieres?

–Mamá, tengo quince años –dijo Jessie con un suspiro.

Por Dios, Jessie era tan seria que costaba creer que fuera hija suya. Menos mal que se las había ingeniado para conocer a un chico cuando llegaron a Fjällbacka.

Marie se hundió en la tumbona y cerró los ojos, pero los volvió a abrir al instante.

–¿Qué haces que no te has ido? –dijo–. Me estás haciendo sombra. Quiero ponerme un poco morena. Vamos a rodar después de comer y quieren que tenga un moreno natural. Ingrid parecía una galleta tostada los veranos en Dannholmen.

–Es que... –Jessie iba a decir algo, pero se dio media vuelta y se fue.

Marie oyó la puerta al cerrarse, muy fuerte, y sonrió para sus adentros. Por fin sola.

Bill Andersson abrió la tapa del cesto y sacó uno de los bocadillos que Gun había preparado. Miró al cielo y cerró la tapa: las gaviotas eran rápidas, si no se andaba uno con cuidado, eran capaces de comerse todo el almuerzo. Allí, en el embarcadero, era especialmente vulnerable.

Gun le dio un codazo en el costado.

–Es una buena idea, de verdad –dijo–. Loca pero buena.

Bill cerró los ojos y dio un bocado.

–¿Lo dices en serio o es solo por tener contento a tu marido? –dijo.

–¿Desde cuándo digo las cosas solo por tenerte contento? –dijo Gun y, sobre ese punto, Bill tuvo que darle la razón.

En los cuarenta años que llevaban juntos, no había habido muchas ocasiones en las que Gun no hubiera sido de una sinceridad brutal.

–Sí, llevo pensándolo desde que estuvimos en aquel cine, y creo que debería funcionar aquí también. Estuve hablando con Rolf en el campo de refugiados, y no puede decirse que lo pasen bomba. La gente es tan cobarde que ni se atreve a acercarse.

–En Fjällbacka no tienes más que ser del pueblo de al lado, de Strömstad, como yo, para que la gente te vea como a un forastero. A lo mejor no es tan raro que no hayan recibido a los sirios con los brazos abiertos.

Gun alcanzó otro bollo, recién comprado en Zetterlinds, y le puso una generosa capa de mantequilla.

–Pues ya es hora de que la gente empiece a cambiar de actitud –dijo Bill, y señaló con la mano–. Ahí hay personas que han venido con sus hijos y demás huyendo de la guerra y la miseria, que han tenido un viaje con no menos horrores, así que tendremos que procurar que la gente empiece a hablar con ellas. Si un puñado de somalíes puede aprender a patinar y a jugar al *bandy,* también podremos enseñar a los sirios a navegar a vela, ¿no? Por cierto, ¿Siria tiene mar? A lo mejor ya saben navegar.

–Ni idea, cariño, tendrás que mirarlo en Google.

Bill echó mano del iPad en el que acababa de resolver el sudoku de la mañana.

–Pues sí, Siria tiene costa, pero es difícil saber cuántos de ellos han estado en el mar. Yo siempre he dicho que todo el mundo puede aprender a navegar, esta es una buena ocasión para demostrarlo.

–Pero ¿no te parece suficiente que aprendan por gusto? ¿Tienen que competir también?

–Eso, precisamente, era lo interesante del documental *Buena gente,* que los motivaba un reto auténtico. Era algo así como un *statement*.

Bill sonrió. Quién iba a decir que él pudiera expresarse con tanta sabiduría y tanto juicio.

–Ya, pero ¿por qué tiene que ser..., cómo has dicho..., un *statement?*

–Porque de lo contrario no tiene el mismo impacto. Si inspira a más gente, igual que me inspiró a mí, se difundirá como los círculos en el agua, y a los refugiados les será más fácil integrarse en la sociedad.

Bill se imaginaba perfectamente poniendo en marcha un movimiento nacional. En algún sitio tienen que empezar a producirse los grandes cambios. Y si lo que empezó con el Campeonato del Mundo de Bandy para los somalíes continuaba con la navegación a vela para los sirios, ¡la cosa podía terminar donde quisieran!

Gun le agarró la mano y le sonrió.

–Iré a hablar con Rolf hoy mismo, y trataré de conseguir que nos reunamos en el campamento –dijo Bill, y alcanzó otro bocadillo.

Tras unos instantes de vacilación, cogió otro bollo y se lo lanzó a las gaviotas. Después de todo, ellas también tenían derecho a comer.

Eva Berg arrancó la mata de maleza y la puso en el cesto que tenía al lado. El corazón le dio un brinco, como de costumbre, al contemplar las tierras. Todo aquello era suyo. La historia de la finca nunca les preocupó. Ni ella ni Peter eran particularmente supersticiosos. Claro que, diez años atrás, cuando le compraron la finca a la familia Strand, se propagaron las habladurías acerca de todas las desgracias que les sobrevinieron a ellos en su día. Sin embargo, por lo que Eva sabía, lo que ocurrió fue una gran tragedia que desencadenó todo lo demás. La muerte de la pequeña Stella precipitó el trágico destino de la familia Berg, y eso no tenía nada que ver con la finca.

Eva se agachó en busca de más hierbajos, sin hacer caso del dolor de rodillas. Para Peter y para ella, aquel nuevo hogar era un paraíso. Provenían de la ciudad, si es que Uddevalla podía considerarse una ciudad, pero siempre habían soñado con vivir en el campo. Aquella finca de las afueras de Fjällbacka era perfecta desde todos los puntos de vista. El hecho de que el precio fuera tan bajo a causa de todo lo que había ocurrido allí supuso que pudieran

permitírselo. Eva esperaba que hubieran logrado llenar aquel lugar del amor y la energía positiva suficientes.

Lo mejor de todo era lo bien que se encontraba allí Nea. Le habían puesto el nombre de Linnea, pero ella decía de pequeña que se llamaba Nea, y Eva y Peter pensaron que era natural llamarla así ellos también. Ya tenía cuatro años, y era tan decidida y tan obstinada que Eva ya empezaba a temblar ante la idea de la adolescencia. No parecía que Peter y ella fueran a tener más hijos, así que al menos podrían concentrarse por completo en Nea llegado el momento. Por ahora se le antojaba muy lejano. Nea correteaba por la granja como una ráfaga de energía, con el pelo rubio, que había heredado de Eva, como una nube revoloteándole alrededor de aquella carita tan blanca. Eva siempre temía que se quemara con el sol, pero simplemente le salían más pecas.

Se incorporó y se secó el sudor de la frente con la muñeca para no mancharse con los guantes de jardín. Le encantaba limpiar el huerto. Era un contraste maravilloso con su trabajo de oficina. Ver cómo las semillas que había sembrado se convertían en plantas que crecían y florecían y, al final, estaban listas para la cosecha, le proporcionaba una felicidad infantil. Cultivaban solo para consumo propio, la finca no daba para ganarse la vida, pero tenían algo así como una fuente de abastecimiento particular, un huerto, una plantación de árboles frutales y un patatal. A veces sentía cargo de conciencia por lo bien que vivían. Su vida había resultado mucho mejor de lo que nunca pudo imaginar, y no necesitaba nada más en el mundo que a Peter, a Nea y aquella casa y su finca.

Eva empezó a arrancar zanahorias. A lo lejos vio a Peter, que se acercaba en el tractor. Peter trabajaba en Tetra Pak, pero le gustaba pasar todo su tiempo libre con el tractor. Esa mañana había salido temprano, mucho antes de que ella se despertara, y se llevó el almuerzo y un termo de café. Tenían una porción de bosque que pertenecía a la finca, y había decidido despejarlo y hacer limpieza, de modo que Eva sabía que volvería con leña para el invierno, sudoroso y sucio, con los músculos doloridos y con una gran sonrisa en la cara.

Puso las zanahorias en la cesta y la apartó, eran para la cena de esa noche. Luego se quitó los guantes, los dejó al lado de la cesta

y se dirigió hacia donde estaba Peter. Entornó los ojos y trató de distinguir a Nea en el tractor. Se habría dormido, como siempre. Para ella había sido un madrugón, pero le encantaba estar con Peter en el bosque. A su madre la quería, sin duda, pero a su padre lo adoraba.

Peter llegó con el tractor a la explanada.

–Hola, cariño –dijo Eva cuando él paró el motor.

El corazón se le alegró en el pecho al verlo sonreír. Después de tantos años, aún se estremecía al verlo.

–¡Hola, corazón! ¿Qué tal os ha ido el día?

–Bien...

¿Qué quería decir con «os ha ido»?

–¿Y a vosotros? –dijo enseguida.

–¿Cómo que a nosotros? –dijo Peter, y le dio un beso sudoroso.

Miró a su alrededor.

–¿Dónde está Nea? ¿Está durmiendo la siesta?

A Eva empezaron a zumbarle los oídos y, como un ruido lejano, oyó que los dos decían a la vez:

–Yo creía que estaba contigo.

Se miraron el uno al otro mientras su mundo se derrumbaba.

El caso Stella

Linda contemplaba a Sanna, que daba saltitos en el asiento.

–¿Qué crees que dirá Stella cuando vea toda la ropa que tienes?

–Pues creo que se va a alegrar –dijo Sanna con una sonrisa y, por un segundo, parecía clavada a su hermana pequeña. Luego arrugó la frente con ese gesto tan típico de ella–. Aunque puede que también le dé un poco de envidia.

Linda sonreía mientras entraba con el coche en la explanada. Sanna siempre había sido una hermana mayor muy considerada.

–Tendremos que decirle que a ella también le compraremos un montón de ropa bonita cuando vaya a empezar el colegio.

Apenas había parado el coche cuando Sanna ya había salido de un salto y había abierto la puerta trasera para sacar todas las bolsas.

Se abrió la puerta y apareció Anders en el umbral.

–Perdona que lleguemos tan tarde –dijo Linda–. Nos hemos parado a tomar algo.

Anders la miraba con una expresión extraña.

–Ya sé que casi es la hora de la cena, pero Sanna tenía el capricho de ir a una cafetería –continuó Linda, y sonrió mirando a su hija, que le dio al padre un abrazo y entró en la casa corriendo.

Anders meneó la cabeza.

–No es eso. Es que... Stella todavía no ha vuelto a casa.

–¿Que no ha vuelto?

Al ver la cara de Anders se le encogió el estómago.

–No, y he llamado a Marie y a Helen. Ninguna de las dos está en casa.

Linda suspiró aliviada y cerró la puerta del coche.

–Ya ves, se habrán retrasado, estarán juntas las tres. Ya sabes cómo es Stella, seguro que quería ir por el bosque para enseñárselo todo a sus amigas.

Le dio un beso a Anders en la boca.

–Sí, claro, tienes razón –dijo, aunque no parecía muy convencido.

El teléfono empezó a sonar y Anders se apresuró a cogerlo en la cocina.

Linda se extrañó un poco, y se agachó para quitarse los zapatos. No era propio de Anders ponerse tan nervioso, pero, claro, él llevaba ya una hora allí solo preguntándose lo que habría ocurrido.

Cuando se incorporó otra vez, Anders había vuelto de la cocina y estaba delante de ella. La expresión de su cara le reavivó el nudo en el estómago con una intensidad demoledora.

–Era KG. Helen ya está en casa y van a cenar. KG ha llamado a casa de Marie y, según él, las niñas dicen que se despidieron de Stella sobre las cinco.

–Pero ¿qué dices?

Anders se puso las zapatillas de deporte.

–La he buscado por todos los rincones de la finca, pero a lo mejor ha vuelto a adentrarse en el bosque y se ha perdido.

Linda asintió.

–Tenemos que salir a buscarla.

Se acercó a la escalera que llevaba a la planta de arriba y gritó:

–¿Sanna? Papá y yo vamos a buscar a Stella. Estará en el bosque, ya sabes lo mucho que le gusta. ¡No tardaremos!

Miró a su marido. No debían mostrar ante Sanna ni una pizca de la preocupación que sentían.

Pero media hora después ya no podían ocultársela a sí mismos. Anders se aferraba al volante con tanta fuerza que se le veían los nudillos totalmente blancos. Después de haber recorrido el bosque que lindaba con la finca, buscaron por la carretera, recorriendo a la velocidad mínima todos los lugares donde sabían que a Stella le gustaba esconderse. Pero no encontraron ni rastro de ella.

Linda le puso a Anders la mano en la rodilla.

–Hay que volver.

Anders asintió y se giró hacia ella. La preocupación que reflejaba su mirada era un espejo de la que ella misma sentía.

Tenían que llamar a la policía.